

PEREGRINACION A VARANASI

LA CIUDAD SAGRADA DE LA INDIA

3000 años de historia concentrados en un casco histórico detenido en el tiempo. Yoguis que meditan en otro mundo a la vera del sagrado río Ganges; cremaciones a cielo abierto. Una aproximación a la religión más compleja y antigua del mundo. Los 2000 templos y santuarios de la legendaria Benarés, como también se denomina a la Jerusalén del hinduismo. "La ciudad más vieja que la historia", al decir de Mark Twain, con una santidad que emana de cada rincón.

Texto: Julián Varsavsky

Fotos: Francesc Melción / ZOOM

Antes de salir del aeropuerto de Varanasi, aparecen los primeros indicios de que éste no será un viaje más: en la cola de migraciones esperan turno dos pasajeros descalzos con aspecto mendicante. Son los Sadhus --ascetas hinduistas que visten túnica blanca al estilo Gandhi--, llegados del interior de la India en peregrinación a la Ciudad Sagrada. Los "hombres santos" irradian una solemnidad que impregna todo el ambiente; la introducción perfecta a una ciudad donde lo religioso se cuela por cada mínimo intersticio.

Varanasi está ubicada al nordeste de la India --separada de Nepal por la cadena del Himalaya-- y dice la leyenda que nació de una lágrima de Shiva que cayó al Ganges. Existen documentos que certifican su existencia al menos en el año 800 a.C. Las escrituras sagradas del budismo citan a esta ciudad como el lugar donde El Iluminado ofreció su famoso primer sermón, en el Parque de las Gacelas, hace 2.500 años. Contemporánea de Nínive y Babilonia, Varanasi es una de las ciudades más antiguas del mundo.

Al abandonar el aeropuerto, el taxi se interna por calles polvorientas, inmersas en una gran confusión de autos, motos, hombres y vacas. Por alguna inexplicable razón, todos los conductores pulsan de manera obsesiva la bocina de sus vehículos. En la India la superpoblación es evidente: todo el tiempo se ve gente desfilando por las calles como en una eterna manifestación.

Al cruzar el arco de entrada al casco antiguo, el ruidoso caos callejero se apacigua un poco, y cuesta explicarse por que en éste laberinto el tiempo se ha detenido hace 1000 años. Aquí no hay edificios modernos, y llegado a cierto punto, las calles se estrechan tanto que no hay lugar para que transite un auto. Mientras deambulaba por los caminos de piedra escalonada en busca del río, me topé con una vaca atravesada que abarcaba todo el espacio de pared a pared. Mis intentos fueron vanos, y no tuve otra alternativa que volver sobre mis pasos. Las callejuelas están entrelazadas sin sentido y las viviendas lucen colores tan contradictorios como el turquesa, el esmeralda y el ocre. Son casas bajas, muy rústicas, y generalmente sin agua corriente. Además de su antigüedad, el casco histórico exhibe un aspecto casi ruinoso que lo enviste de un aura milenaria. Los monjes errantes viven en la calle y circulan por los alrededores del Ganges otorgando bendiciones. Nos hallamos en un sitio precario donde predomina la piedra y casi no hay rasgos de civilización moderna. Rodeados de antiguos santuarios, respiramos el aroma de la historia y una espiritualidad irresistible, incluso para el más escéptico. El ambiente está enrarecido por el humo de las piras funerarias que bordean el río, y el olor penetrante de los inciensos emana de los templos. Las envolventes melodías de las cítaras, sumadas a la aletargada percusión de las "tablas", brotan de las enigmáticas casas y las innumerables escuelas de música, yoga, meditación y masaje.

Al caminar por las callecitas sin veredas se intuye que todo está orientado hacia el río; las multitudes se dirigen hacia allí como hipnotizadas. El Ganges ejerce una atracción involuntaria, incluso al extranjero, quien es acarreado por la inercia de tanta gente convencida de que hay un solo rumbo. Todos parecen anhelar una revelación; acaso el lejano secreto de incontables cuerpos reducidos a cenizas, que se han diluido en estas aguas durante milenios.

Al llegar a Varanasi, toda persona siente una severa compulsión por vislumbrar el río y sus legendarias escalinatas. Sin saber como, sin preguntar, no tardé en llegar al Ganges. La primera imagen que vi fue la de un hombre sentado sobre una piedra, con las piernas enroscadas en posición de loto, venerando una oscura imagen de granito en un templo de cúpulas redondeadas rematadas en punta. Adoraba una imagen de Ganesha (Dios de la Sabiduría, con cabeza de elefante). El devoto --con el torso desnudo y un turbante rojo--, parecía llevar horas sentado allí, inmerso en una nube de sahumerios, con los párpados clausurados y absolutamente desconectado de cualquier percepción del mundo exterior. Cada tanto rompía el silencio para recitar su obsesivo mantra: "OM SHRI GANESHAIA NAMAHA" (Yo saludo al bendito Ganesha).

LA BRUMA DEL AMANECER

La experiencia cumbre de este viaje llega con el resplandor del alba. Navegamos en una canoa por las neblinosas aguas del Ganges, mientras se vislumbran las siluetas de los primeros peregrinos que vienen a cumplir con el deber de la sagrada inmersión. El apagado murmullo de las oraciones védicas se oye desde la canoa, al tiempo que Surya (el Dios Sol) se remonta imponente con un melancólico tinte anaranjado que ilumina la fervorosa actividad que se ha desatado a la vera del río. Las multitudes descienden por las escalinatas y sumergen medio cuerpo en el agua con las manos en posición de rezo. Luego depositan ofrendas florales con velas encendidas que se pierden flotando a la deriva, y recogen agua en unos centenarios jarritos de cobre. Las mujeres se bañan despojándose de sus saris con tal sutileza que no develan ninguno de sus encantos. En los escalones sobresalen pequeños "lingas" de piedra (monolitos con forma fálica), que representan el poder destructivo de Shiva. Junto con el círculo incandescente del sol aparecen los lavaderos, que se pasan las horas golpeando enérgicamente unos lienzos estrujados contra las rocas. Son las extensas telas de los saris femeninos, que luego despliegan a secar sobre las escalinatas. Una gama completa de colores como el lila, turquesa, rosado y púrpura, se expone para el deleite de los fotógrafos.

El río se abarrota de balsas con grupos de veinte personas llegadas desde los lugares más remotos de la India y Nepal. Muchos lucen sus turbantes de gala, y se nota a simple vista que están disfrutando del día más feliz de sus vidas. Millones de peregrinos vienen aquí cada año a cumplir con un designio primordial del hinduismo: una vez en la vida hay que visitar la Ciudad Sagrada, y de ser posible, se debe ir a morir allí.

Desde la canoa vemos de frente todo el ritual hinduista. Incluso es posible indagar en la mirada obnubilada de los místicos que ingresan al agua en pleno trance. Enfrente nuestro se eleva una empinada escalinata gigante que se extiende a lo ancho por 6 kilómetros. Estamos ubicados estratégicamente en la parte baja de un gran anfiteatro que ha desplegado sus brazos. Pero de golpe la sorpresa... el centro de interés estaba al costado del bote y no lo habíamos notado.

Flotaba a nuestro lado el cadáver boca abajo de un hombre robusto vestido con una fantasmal túnica blanca, y el conductor de la embarcación debió levantar el remo para esquivarlo. A mi lado iba sentada una pareja de jóvenes europeos, y nuestras miradas se cruzaron interrogándose mutuamente. Sabíamos que esto podía ocurrir, pero no pensamos que efectivamente sucedería. La serenidad del remero ante un acontecimiento tan normal nos colocó en la sintonía correcta y seguimos paseando, ahora consientes de la verdadera dimensión de este lugar. El muerto era un monje brahman (hombre santo que al morir va a

parar a las aguas sin pasar por el fuego). En ese instante cobraron sentido las palabras de Elías Canetti, quien escribió que "cuando viajamos lo toleramos todo, y nos sentimos fascinados ante lo más atroz sólo porque es novedoso. Los buenos viajeros son despiadados".

Todos se bañan en estas aguas; incluso beben de ellas con expresión de plena felicidad. El hecho de que el río esté contaminado es un detalle menor a la hora de purificar las almas. A un costado, diez vacas también disfrutan de la frescura del agua. Unos metros más arriba --donde terminan las escalinatas--, dos monjes brahmanes saludan a los dioses con un frenético concierto de campanadas. El marco de estas imágenes son los enormes templos y palacios abandonados del siglo XVIII que reflejan en sus tonos ocre, la magia de lo ruinoso y lo sagrado. Justo delante están los altares de cremación llamados "ghat" (sólo dos de ellos están en funcionamiento).

Varanasi depara una incógnita a la vuelta de cada esquina. En las calles hay antiquísimos caracteres sánscritos cincelados sobre piedras carcomidas por los siglos. No tiene sentido hacer un listado de templos: están por todos lados. En el lugar más inverosímil (como el patio de una simple casa) uno se topa con santuarios representativos de lo más elevado del arte hindú. Ciertos templos sobresalen por sus recargadas cúpulas talladas con centenares de imágenes mitológicas en miniatura. Se cree que Shiva habita en Varanasi, y junto con las demás deidades de la Trinidad Hindú (Brahma y Vishnú), tienen consagrados cerca de 2000 templos en toda la ciudad.

Al visitar Varanasi es necesario despojarse de la etnocéntrica mirada que acarreamos desde el mundo occidental. Transitamos el corazón de la India; un universo ensimismado donde rige otra razón, con sus propias reglas, valores y tradiciones, tan arbitrarios como los de nuestra mitad del globo. Acabamos de rozar una fibra muy sensible de la religión más antigua y compleja del planeta; poblada de mitos y centenares de dioses que ejercen una enigmática seducción, más allá de las creencias de cada uno. La Ciudad Sagrada es una meta desafiante que se perfila bajo un indescifrable jeroglífico que a veces desconcierta y conflictúa. Conviene pasar con premura por éste lugar donde lo incomprensible viene a sentarse a nuestro lado muy seguido. Pero el enigma de Varanasi también seduce -ante todo-, y nos envuelve con una extraña fascinación inédita en cualquier otro punto del planeta. Estamos ante un destino que debe ser subrayado en el itinerario de todo "viajero de ley".

Quien se encuentre viajando por la parte oriental del mundo, en algún momento sentirá el acecho de una intuición; un profundo deseo por acercarse a Varanasi y conocer su río sagrado. Un misterioso influjo del cual, una vez habiendo partido, ya nunca podremos librarnos.

Despiece

CREMACIONES A CIELO ABIERTO

"Aquel otro despertar, la muerte" (J.L. Borges)

La cosmogonía hindú profesa la creencia en la transmigración de las almas a través de sucesivos cuerpos; un constante renacer después de la muerte, durante millones de años. Una concepción que Octavio Paz llamó "una negación metafísica del tiempo".

Para una cultura en la cual nacer significa ser lanzados al sufrimiento, el suicidio no soluciona nada. Inevitablemente se vuelve a nacer, y en cada reencarnación uno está pagando por los actos de una vida anterior. Toda desgracia será un castigo por antiguos pecados. A su vez, los méritos de una vida virtuosa serán premiados con una reencarnación en una casta superior. A través de un repetitivo renacer y viviendo honradamente durante miles de años, se puede alcanzar el "moksha" (liberación): esto significa que ya no se volverá a reencarnar nunca más. No es exactamente un paralelo del paraíso, pero implica el fin de los pesares, ya que el alma se libera de la impureza del cuerpo y regresa al vacío para fundirse con el espíritu de Brahma (Dios de la Creación). Pero además, si alguien muere en Varanasi y sus cenizas son esparcidas en el Ganges, se libera automáticamente del karma de las eternas reencarnaciones y tiene la seguridad de que alcanzará el "moksha" --como por una vía rápida--, en esa oportunidad. Es por ello que centenares de enfermos terminales vienen aquí a esperar ansiosamente -en algún asilo- el cese de su último latido vital.

Las cremaciones se realizan en altares a cielo abierto junto al río, en medio de emocionantes rituales. Se considera un "privilegio" morir aquí. Para los hinduistas el fin de la vida carece de sentido trágico, y durante el funeral toda la familia del muerto posa junto al cadáver que yace sobre unos leños, mientras un fotógrafo inmortaliza el evento. Nadie parece demasiado triste (el clima es algo festivo), y como el muerto también debe "mirar" a cámara, se le apoya una rama bajo la nuca para que levante un poco la cabeza. Antes de prender el fuego, se le da de beber al cadáver un último sorbo de agua sagrada del río, y el integrante más pequeño de la familia enciende los primeros arbustos. En tres horas no quedará nada, y las cenizas serán esparcidas en el Ganges que, al descender del Himalaya, comunica a los hombres con los dioses. Así lo sentencia el Rig Veda, uno de los libros más antiguos de la humanidad.



DATOS ÚTILES

CÓMO LLEGAR:

El tren desde Nueva Delhi a Varanasi cuesta 30 dólares.

Usualmente se pasa por Varanasi como culminación de un viaje por la India, ya que aquí se concentra la esencia de su misteriosa cultura. Al estar ubicada cerca de Nepal, se suele combinar el viaje a Varanasi con una visita completa al increíble Reino de Nepal. El pasaje aéreo desde la capital de Nepal cuesta 70 dólares, y desde cualquier ciudad de la India el pasaje no supera los 100 dólares.

CÓMO MOVERSE

Una forma conveniente de desplazarse es mediante un bici-taxi (carritos-bicicleta con chofer, que llevan 2 personas), un medio de transporte muy común en la India. El chofer nos llevará a todos los sitios de interés de la ciudad en una tarde, por unos 10 dólares. Tres días son suficientes para recorrer Varanasi

TEMPERATURA

Los meses ideales para viajar son entre octubre y marzo, cuando las temperaturas decaen, y oscilan entre los 10 y 25 grados. Entre junio y julio la temperatura puede alcanzar los 43 grados.

IDIOMA:

El hindi es el idioma oficial pero mucha gente habla un inglés muy comprensible.

COMIDA:

La comida es básicamente vegetariana. De todas formas se suele acompañar los vegetales con carne de pollo o pescado. Hay una gran variedad de platos hindúes muy deliciosos, y como alternativa es muy popular la cocina china. Una comida completa no supera los 5 dólares, y los lugares más recomendables son los restaurantes de los hoteles de más de 3 estrellas.

ATENCION:

- 1) A pesar de lo que pueda imaginarse de un país pobre como la India, la seguridad no es un problema de primer orden para el turista. Todos los viajeros coinciden en esto. Acaso por tratarse de un lugar tan religioso, los niveles de delincuencia son bastante bajos.
- 2) No bañarse en el Ganges bajo ningún punto de vista. Está contaminado.
- 3) No es fácil mantener la tranquilidad en las calles más transitadas. Gran parte de la población se siente atraída por el "exotismo" de los occidentales, de la misma forma que a nosotros nos



seducen las costumbres de ellos. Además de los incansables vendedores que aparecen en el lugar más inesperado, la gente y sobre todo los niños, saludan al turista de manera insistente con un "hello" que se repite hasta el cansancio. Un hindú puede llegar a gritar diez veces "Hello" hasta recibir una respuesta (es lo único de que desean) o al menos una sonrisa.